

Celia

—No llores, cariño —la voz dulce y afectuosa de aquel hombre se fundió con el estribillo de *Knockin' on a heaven's door* que sonaba en el altavoz bluetooth— no me gusta verte así —dijo al tiempo que, entre las sábanas de color negro satinado, la abrazaba ciñendo el abundante busto de la joven contra su pecho. La besó en la frente y detectó las notas cítricas del champú de la chica que, por la proximidad, se imponían sobre el aroma a pachulí del cono de incienso que se consumía sobre la cómoda.

A diferencia de sus otros muchos clientes, el afecto que este hombre le profesaba parecía sincero, era siempre dulce con ella, la trataba con mimo, la adulaba... Para todos los que lo conociesen era, sin duda, un buen tío: 56 años, casado, padre de familia, maestro en la escuela primaria del pueblo, entrenador de fútbol en sus ratos libres y siempre iba bien vestido, aunque, eso sí, quizás ya fuese hora de que modernizase un puntito su fondo de armario, nadie sospecharía de él, y por eso ella lo odiaba: ver a aquel «señor» saliendo a la calle, con su digna facha intacta, volviendo a una vida de halagos y reconocimiento, le quebraba el alma.

La liberó de su firme abrazo y salió de la cama. Recogió su ropa del galán de noche que ella reservaba para las visitas por horas y se alejó dándole la espalda. «¿Cómo he llegado a esto?» se preguntaba mientras veía a aquel hombre entrar en el cuarto de baño, pero en realidad, ya sabía la respuesta. Todo comenzó con Ariel, íntimo amigo de su padre y promotor de boxeo. Cinco años atrás le había ofrecido ser la «azafata del cartel» en una velada de barrio. Era una tarea sencilla, solo tenía que ponerse un bikini plateado y unos zapatos de tacón a juego, contonearse en el ring, al ritmo de *Eye of the Tiger*, mientras sostenía el letrero que indicaba el número del asalto y posar con el púgil vencedor en las fotos tras el combate. «Me dieron 48 míseros euros por aquel trabajo denigrante» recordó.

No había pasado ni una semana cuando Ariel llamó a su padre, al parecer, uno de los fotógrafos del evento se había «quedado prendado» de su belleza y quería

hacerle un *book* de fotos, estaba convencido de que la chica tenía un futuro prometedor como modelo.

En su casa todos se alegraron por noticia, excepto ella, agradecía el interés, pero con sus dieciocho años recién cumplidos lo que de verdad deseaba era que llegase octubre, largarse del pueblo, e instalarse en Madrid para empezar su grado en Derecho. Estaba decidida a graduarse en cuatro años para, después, hacer el máster en abogacía. Se sentía llamada a ser la mejor abogada matrimonialista de la ciudad «ahí es dónde está la pasta», compraría un loft en el centro y un elegante BMW descapotable de color antracita y... dicen que el trayecto más corto entre dos puntos es una línea recta, pero el más rápido, sin duda, es una espiral descendente.

Por la presión de su madre accedió a hacerse el *book*. Fueron casi cuatro horas en el garaje que el fotógrafo tenía habilitado como estudio, que olía a humedad y fracaso a partes iguales y que, a juzgar por el material expuesto en sus paredes, se dedicaba habitualmente a bodas, bautizos y comuniones. Durante la primera media hora de sesión, solamente deseó largarse de allí y esconder su vergüenza en un rincón oscuro, se sentía ridícula ante aquel hombre que no paraba de pedirle que adoptase actitudes y poses que no era capaz de reproducir —abraza el vacío, siente su abrazo, muéstrame tu urgencia— «¿de qué mierda hablaba?».

—Lo siento, me voy, no valgo para esto —le había dicho convencida de que, aquello, había sido un grave error, pero el fotógrafo logró que se relajase con una combinación de amistoso apoyo, en apariencia, desinteresado, música chill out, tequila y MDMA.

A su familia le encantaron las fotos, sobre todo a Nagore, que con sus trece años idolatraba y envidiaba a su hermana mayor por igual. Cuando las vio, ella se moría de vergüenza, pero sus padres estaban orgullosos de lo bien que posaba su niña, y a ninguno le escandalizó verla en actitud de lolita lamiendo libidinosa un Chupachups, ni tumbada con su tanguita de encaje rosa en aquel horrible sofá de escay negro, mientras tapaba sus pechos tan solo con las manos, la niña era toda una modelo, y aquello, solo arte. «¿Cambiarían de opinión si les contase lo del alcohol y el éxtasis?» no se atrevió a confesarlo, por lo que contuvo las

náuseas que sentía al recordarse desnuda a horcajadas mientras aquel hombre se la beneficiaba en el horrendo sofá.

Una de aquellas primeras fotografías acabó transformándose en un póster para el escaparate de la mercería de una señora del pueblo, ahora sí era en verdad modelo, pero los poco más de 300 euros que le dieron por ceder su imagen, no lograron acallar las voces de sus vecinos, para los que se convirtió en «la fresca que lo iba enseñando todo en la tienda de la Paqui».

Con el inicio de curso se mudó a Madrid, apenas había hora y media hasta el pueblo, distancia suficiente para que solo regresase a casa los fines de semana y para que los dimes y diretes de las malas lenguas se la trajesen al pairo.

A medida que pasaban los meses, las visitas del fotógrafo se hicieron más frecuentes. Cada día le prometía que tenía un amigo en una revista, o un colega en una agencia o... las fotos subían de tono por momentos y cada vez necesitaba más éxtasis y más tequila, lo que acabó por constituir una especie de pago en especias por los servicios prestados.

Cierto día, en abril, el fotógrafo llegó acompañado de un amigo. Era editor de una revista masculina, precioso eufemismo, —esto es lo que estábamos esperando— le dijo y, sin saber muy bien cómo, la modelo aspirante a brillante abogada se halló arrodillada desnuda, mientras simulaba practicar una felación al editor. Durante las siguientes semanas, las sesiones se multiplicaron, cada día se hacía más y más fotografías, que ahora sí, le aportaban dinero, pero estas cada vez eran más explícitas, más intensas, más crudas. La cámara de fotos dio paso a la de vídeo, el éxtasis a la coca, y los fotógrafos y editores a los anónimos, hasta que al final, ya no hubo cámaras y por fin salió en una revista:

«*Venus, Scott, española, 24 años, universitaria, modelo profesional, culta y discreta, todos los servicios, solo para hombres pudientes, piso propio*».

Previa cita, las visitas del fotógrafo fueron sustituidas por las de un operario de banca jubilado que olía a vermué y le hablaba de sus nietas mientras esperaba a que la Viagra le hiciese efecto, las del maestro de primaria que le provocaba tristeza, las de un conocido político que hacía campaña por la ilegalización de la prostitución y la persecución de los puteros, las de un amanerado «catedrático en Teología», que ella sabía que en realidad era un cura de un pueblo cercano,

que pagaba sus servicios con las colectas del cepillo, «de todo hay en la viña del Señor», las de su profesor de Derecho Penal de la facultad, que tras la susto inicial, se convirtió en asiduo, y que a cambio de su silencio le había ofrecido una matrícula de honor y, por supuesto, las de su camello, al que sus servicios no le interesaban lo más mínimo, y que le cobraba semanalmente tres cuartas partes de lo que ella recaudaba con el sudor de su... cuerpo.

Y así, su soñado loft en el centro, resultó tener paredes y estar en un ajado piso de protección oficial de la periferia, su anhelado BMW descapotable de color antracita, fue un vetusto Corsa de 20 años sin aire acondicionado que quemaba tanto aceite como gasolina, y las promesas del fotógrafo, como en la canción de los Piratas, acabaron siendo «promesas que no valen nada, nada, nada, nada...»

—Hasta mañana, cariño —dijo él cogiendo su americana del perchero.

—No, mañana no bajaré al pueblo, no me encuentro bien, di a mamá que lo siento, invéntate algo.

—Es una pena, vas a decepcionar mucho a Nagore, estaba deseando contarte que Ariel le ha ofrecido ir de azafata a la velada del próximo sábado, y con razón, siempre ha sido guapa, pero con el crossfit se le está poniendo un cuerpazo... —sus palabras quedaron en el aire, asfixiantes, anulando todo lo que las rodeaba, matando el mundo de la futura abogada quien, ya sí, era tan solo Venus. Ella ahogó un grito y se esforzó en contener el llanto que de nuevo amenazaba con brotar, mientras su mente se hundía en el infierno de su existencia, pero solo lo logró cuando sus atropellados pensamientos se aplacaron ante la irrupción de las primeras notas de *Frente a frente* en el altavoz— ¡Jeanette! Que canción tan bonita, que bien cantaba esa mujer, bueno cariño, me voy, si cambias de opinión...

—Adiós —dijo ella por única respuesta.

Apenas hubo salido del piso, ella salió de la cama de un salto y entró en el baño, al pasar frente al espejo, ni siquiera la sensual luz de las velas que se proyectaba sobre su cuerpo en ese instante, fue suficiente para que ella lograse verse bella, y procuró eliminar el recuerdo de su reflejo mientras se encaramaba al inodoro.

Había pasado ya un cuarto de hora cuando regresó, como pudo, al dormitorio. Ni todo el incienso del mundo habría logrado opacar el hedor regurgitado de sus entrañas, tal era su malestar.

La voz de Bunbury en *Una canción triste* inundaba cada rincón de la vivienda y, esta vez sí, supo que el fin de la espiral había llegado, aquella bola de nieve que no paraba girar creciendo por momentos, había de encontrarse con el árbol que la detuviese. De la mesilla de noche sacó el diario en el que, día tras día, como su fiel confesor registraba sin filtros la vida que le había tocado vivir y que tanto odiaba, pues estaba segura, inocente ella, de que algún día inspiraría una novela, o al menos, un relato. Arrancó la última página y escribió tres rápidas frases con letra temblorosa.

Rebuscó en la papelera del baño hasta encontrar el preservativo recién desecharido. Llenó la bañera de agua caliente y disolvió algunas sales, puede que fuese cosa suya, pero de repente, volvía a oler el pachulí. Abrió las ventanas del salón, el dormitorio y el baño. Subió el volumen del altavoz al máximo, estaba segura de que todo el edificio estaba escuchando *Have you ever seen the rain?* «¿A quién no le gusta la Creedence Clearwater Revival?».

Se metió en la bañera mirando al techo, sin pensarlo dos veces se provocó dos punzadas de intenso dolor que, en pocos segundos, dieron paso a una extraña sensación de bienestar. El vecino del piso de abajo golpeaba con la escoba en su techo, alguien golpeaba la puerta con los nudillos, pero no pensaba dignarse en abrir, la vecina de su derecha le gritaba improperios por la ventana del patio de luces. Ella sonrió, cerró los ojos y se fue adormeciendo, solo era cuestión de tiempo que llegase la policía, pero ella ya no estaría allí.

Junto a la bañera en la que se hallarían inerte, reposaba el cuchillo que, como metafórico árbol, había conseguido detener el avance de la bola de nieve. Junto a su filo ensangrentado, el diario confesor, el preservativo delator y la breve despedida:

«*Perdóname, mamá, no quería que esto acabase así.*

Nagore: ¡no vayas a la velada! aprende de mis errores.

Alejaos de papá»

Os quiere: Celia